SOLEMNIDAD DE CORPUS CHRISTI

El Evangelio de San Marcos nos relata en este día de la Solemnidad del Cuerpo y de la Sangre de Cristo el momento de la última Cena, en el cual Jesús instituye la Eucaristía. La palabra “eucaristía” nosotros la usamos como sustantivo, pero en la lengua griega, en la cual está relatado el Evangelio, se usa como verbo ευχαριστηιv, (eujaristein) que significa “acción de gracias”. Evoca a las palabras que pronuncia Jesús cuando da gracias al Padre en el momento que toma el cáliz y lo entrega a sus discípulos. Esta acción de gracias parte de Jesús quien se la ofrece al Padre; luego se la comparte a sus discípulos. De esta manera, cada uno de los discípulos, al recibir el cáliz y beber el vino, están recibiendo también esa acción de gracias que se prolongará en sus vidas. De este modo, cada uno de nosotros, como aquellos discípulos, nos convertimos en “eucaristía”, es decir, en acción de gracias a Dios. Toda nuestra vida se transforma en acción de gracias a Dios.

En el relato, el evangelista nos indica que Jesús pide a sus discípulos que preparen todo para la comida pascual. Esto muestra que no fue algo improvisado, ni de pasada, sino que hubo una preparación ya que la fiesta era importante. Era necesario un lugar, en este caso dice que era una sala preparada para la cena. Los discípulos deben ponerse en camino; deben movilizarse ya sea interior como exteriormente. Parece algo pasajero, pero hay un envío de Jesús. Son dos los discípulos a quienes Jesús envía a preparar todo. Es el envío para el servicio a la comunidad. Son invitados pero también servidores. En la Eucaristía, Jesús hace que sus comensales sean también servidores. Podríamos decir entonces que la Eucaristía es el banquete de los servidores del Señor.

Cuando alguien invita a un amigo a su casa, prepara todo para recibirlo: ordena el lugar, cocina algo rico, le hace algún regalo, se viste bien para recibirlo. Así también nosotros preparamos nuestro corazón, porque el banquete no sólo se realiza en la Iglesia, sino también dentro de cada uno de nosotros. Nuestro corazón se transforma en altar desde donde Cristo se ofrece al Padre. Nuestro corazón, revestido con la nueva vestimenta de la caridad, se transforma en casa del pan. ¿Quién habría pensado que el corazón podría ser un altar? Desde el momento en que comulgamos, la ofrenda del altar de la Iglesia, que es la Eucaristía, se coloca en otro altar, en nuestro corazón. Desde ahí la Eucaristía se transforma en obras de caridad con el prójimo. Jesús dijo: “Tomen y coman, esto es mi Cuerpo”. Desde el momento en que comulgamos, nosotros mismos decimos a los demás: “tomen y coman el amor que Cristo ha depositado en mí”. Primero tengo que comer para después dar de comer. Primero tengo que encontrarme con Cristo verdaderamente para después ser Cristo para los demás.

“Tomen y beban, esta es mi Sangre, Sangre de la Alianza que será derramada por muchos”. La Eucaristía es alianza con Dios; es el pacto que sella mi pertenencia sólo a Dios. Beber de su sangre, es beber de su vida. Pero también la alianza implica dar la vida. Beber del cáliz es también aceptar la cruz. Por eso cuando digo “Amén” en el momento de la comunión, estoy diciendo “Sí” a esta entrega. Sí, acepto el cáliz, la prueba que me toca y la ofrezco por mis hermanos. Entonces, cada vez que comulgamos, renovamos nuestro Sí a Dios y nos abrimos a aceptar su voluntad. Cada vez que comulgamos, decimos nuevamente Sí a nuestro esposo o esposa; renovamos nuestras promesas bautismales; renovamos nuestro compromiso asumido en la Confirmación; renovamos nuestra consagración sacerdotal o religiosa.

Cuando comulgamos, lo que recibimos es al Amor más grande que pueda haber en la historia de la humanidad. Por lo tanto, el corazón renueva el amor que lleva dentro. Al decir “amén” estoy diciendo: “Sí, quiero renovar el amor que le tengo a mis padres, a mis hermanos, a mis hijos, a mis amigos; Sí, quiero que el amor que se apagó vuelva a encenderse; Sí, quiero que mi vida un poco defraudada o “desenemorada” vuelva a enamorarse otra vez del verdadero amor”.

En síntesis: la fiesta del Cuerpo y la Sangre de Jesús, es la fiesta del Amor, a la cual todos están invitados, pero no todos van porque prefieren ir a otra fiesta. Por eso el texto dice que la Sangre será derramada por muchos. Hoy es un día para pedir la gracia de no rechazar esta invitación y de no estar dispersos o distraídos en otras fiestas.